

Históricas Digital

José Fernando Ramírez

“Visita al barón Alejandro de Humboldt (14 de junio de 1855)”

p. 357-378

José Fernando Ramírez

Obras históricas V. Poliantea

Ernesto de la Torre Villar (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de humanidades

Instituto de Investigaciones Históricas

2003

470 p.

Figuras

(Colección Nueva Biblioteca Mexicana 148)

ISBN 968-36-7805-X (obra completa)

ISBN 970-32-0677-8 (tomo V rústica)

ISBN 970-32-0684-0 (tomo V empastado)

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras_historicas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

VISITA AL BARÓN
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
(14 DE JUNIO DE 1855)



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



NOTA INTRODUCTORIA

Por uno de tantos desmanes cometidos por Antonio López de Santa-Anna, José Fernando Ramírez tuvo que expatriarse. El año de 1855 estaba en Europa; visitó Francia y Alemania y aprovechó su estancia en Berlín para saludar en Postdam al barón Alejandro de Humboldt, personaje muy importante en la cultura europea y admirado por los mexicanos por sus relevantes aportes al conocimiento de nuestra patria. La entrevista tuvo lugar el 14 de junio de 1855 y fue realizada en términos muy cordiales. Ramírez quedó profundamente impresionado por su visita y conversación con Humboldt, quien le dedicó un retrato con expresiones muy gratas por el porvenir de México. De esa entrevista de la figura venerable del barón y de su provechosa conversación, Ramírez derivó un artículo entrañable que publicó en el periódico *La Cruz* dos años después, en 1857.

Este artículo lo recogió oportuna e inteligentemente Ascensión Hernández de León-Portilla, quien por el interés que tiene para la historia antigua, publicó en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 24. Lo reproducimos aquí acompañado de la presentación en la que se subraya la importancia de los estudios en ese campo del señor Ramírez y el interés que hacia la historia antigua mostró el sabio germano. Constituye un aporte para el conocimiento de ambos personajes y sobre el estado que guardaban estudios de esa índole a mediados del siglo pasado.

E.T.V.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



VISITA DE JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ
A ALEJANDRO DE HUMBOLDT: POSTDAM,
14 DE JUNIO DE 1855. PRESENTACIÓN

Reiteración sería ponderar los merecimientos de Alejandro de Humboldt, entre los que ocupan lugar principal sus aportaciones sobre las culturas indígenas de México. Basta con acercarse a su obra *Vista de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, en la que se adentra incluso en el tema de los códices y las escrituras pictográficas para reconocer en él a uno de los modernos precursores en la investigación de las culturas de Mesoamérica. Por esto, y por otras muchas razones, resulta de interés rescatar un testimonio particularmente significativo y poco conocido de los últimos años de la vida del benemérito barón.

Debemos este testimonio a don José Fernando Ramírez (1804-1871) quien en medio de sus múltiples actividades como abogado, político y funcionario público, pudo también dedicar tiempo y esfuerzo al cultivo de la historia de México, con particular énfasis en el pasado prehispánico y en el temprano periodo colonial.

El encuentro sobre el que versa este testimonio tuvo lugar en el castillo de Postdam, cerca de Berlín, el 14 de junio de 1855. Como lo refiere don José Fernando, Humboldt, de muy avanzada edad –estaba por cumplir sus ochenta y cinco años– distribuía su tiempo unas veces en Berlín y otras en Postdam donde se le había habilitado un estudio.¹ De las circunstancias que propiciaron esa visita, que resultó en extremo cordial, habla el propio José Fernando. Recordemos antes qué motivos lo habían llevado a viajar a Europa, incluyendo una estancia en Alemania.

Nacido en la villa de Parral, Chihuahua, medio siglo antes, se había desempeñado como fiscal del Supremo Tribunal de Justicia de Durango. Rector del Colegio de Abogados de esa misma ciudad, en la que había obtenido su correspondiente grado, muy joven fue nombrado diputado

¹ La razón por la cual Humboldt visitaba Postdam con mucha frecuencia era, como dice Ramírez en su texto, por ser “consejero íntimo” del rey de Prusia, Federico Guillermo IV. Recordemos que en estos años Prusia estaba deseosa de encabezar la unidad alemana. Ésta se logró en 1871 bajo el gobierno del káiser Guillermo I, y de su canciller Bismarck. El káiser era hermano de Federico Guillermo IV.

en el Congreso de la Nación. En 1843 había sido vocal de la Junta Legislativa que formó el proyecto de las Bases Orgánicas y volvió a ser luego diputado. Su prestigio y merecimientos lo habían llevado a éstos y otros cargos, entre ellos el de secretario de Relaciones Exteriores 1851-1852, siendo presidente don Valentín Gómez Farías. Poco después, estuvo a punto de ser nombrado ministro plenipotenciario de México en Inglaterra. Aunque al hablar de él, suele pensarse que fue uno de los portavoces del grupo conservador, la personalidad de Ramírez es en realidad mucho más compleja y digna de valoración. Bastará con recordar en este contexto su adhesión al plan de Ayutla.

Todas estas actividades no le impidieron el cultivo de la historia y el conocimiento de las antigüedades mexicanas, en torno a las cuales había formado una muy valiosa biblioteca. En realidad José Fernando Ramírez fue uno de los historiadores que más laboraron en la interpretación del pasado mexicano cuando una nueva sensibilidad histórica se abrió paso, una vez consolidada la independencia del país. Junto con Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta y Francisco Pimentel, contribuyó en forma decisiva al renacimiento mexicanista de mediados del siglo XIX.² La aportación de Ramírez se centró en la publicación de crónicas del siglo XVI, en la composición de diversos ensayos de carácter histórico y en la redacción del *Diccionario universal de historia y geografía*. Vale la pena recordar aquí su gran interés por la lengua mexicana plasmado en el estudio que tituló "Sobre las partículas del náhuatl" y que dejó inédito en un ejemplar del *Arte* de Horacio Carochi;³ en él está presente la honda penetración lingüística del autor. Además de este estudio dejó también dos volúmenes manuscritos titulados *Anales de México y sus contornos* en colaboración con Faustino Chimalpopoca. Son los *Anales* un conjunto de documentos en náhuatl copiados de viejos papeles del siglo XVI que estaban muy deteriorados.

En realidad, al analizar la vida de José Fernando Ramírez, fácil es percatarse de la congruencia entre su pensamiento, profundamente influido por sus conocimientos históricos, y su activa vida política, apegada a un ideal, el de servir a su patria. Como los hombres de su generación vivió momentos de esperanza tras la independencia y también de amargura y desilusión ante la guerra con Estados Unidos. Su personalidad, acerca de la cual sus biógrafos han expresado apreciaciones no siempre coincidentes, hay que enmarcarla en un contexto histórico difi-

² Sobre el renacimiento mexicanista *vid.* Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahuicuiloli*, México, UNAM, 1988, vol. 1, p. 104.

³ El trabajo de Ramírez fue publicado por Alfredo Chavero en los *Anales del Museo Nacional*, México, 1903, t. VII, p. 195.

cil, definida siempre por su pasión por la historia, por su preocupación ante la responsabilidad del historiador al interpretar el pasado, por la búsqueda de la veracidad histórica. Vale la pena cerrar este breve retrato de don José Fernando con unas líneas de Ernesto de la Torre, uno de sus mejores biógrafos: “De esta suerte, este hombre polifacético, historiador convertido en político con capacidad de reflexión histórica, meditaba como lo hace el auténtico historiador, en el pasado en visión del presente y en el presente como acción que además de pretérita condiciona el mañana”.⁴

En 1851 se instaló en la ciudad de México y al año siguiente fue nombrado director del Museo Nacional. En su nuevo cargo reorganizó y ubicó las colecciones existentes en varias salas del Palacio Nacional. Allí permanecieron por muchos años hasta su traslado definitivo, en 1964, a su actual sede en el bosque de Chapultepec.

Su adhesión al plan de Ayala determinó que tuviera que salir exiliado, ante la dictadura de Antonio López de Santa-Anna. Fue entonces cuando emprendió un viaje a Europa a mediados de 1855 y allí permaneció hasta marzo del año siguiente. Durante este primer exilio, preludio de otro más largo –ya que estando a punto de caer el imperio, volvió a exiliarse para siempre–, recorrió varias capitales europeas en las que realizó investigaciones en archivos y bibliotecas. Estuvo en París en donde obtuvo, superando grandes dificultades, que el señor Joseph Marius Alexis Aubin le permitiera copiar algunos manuscritos, entre ellos los *Códices Tlotzin, Quinatzin* y de *Tepechpan*, que más tarde se publicaron en los *Anales del Museo Nacional*. También consultó en la Biblioteca Imperial de Viena el manuscrito mixteco que se conoce como *Códice vindobonense*. Otros varios códices examinó en las bibliotecas de la Universidad de Oxford, en la Real de Dresde, y en la de la Universidad de Bolonia. Hallándose en Italia tuvo acceso, como él mismo lo refiere en sus *Adiciones a la Biblioteca de Beristáin*, al que hoy conocemos como *Códice Borgia*. De esta experiencia dejó el siguiente testimonio:

Sabía yo, además, que aquél existía en la biblioteca del Colegio de Propaganda Fide. Con otros datos, y estando yo en Roma en febrero de 1856, me dirigí al superior de aquel establecimiento solicitando el permiso de examinar el códice mexicano y el manuscrito del padre Fabregat. Otorgándoseme con la mayor franqueza y generosidad, poniendo a mi disposición una cámara sola, provista de todo lo necesario para tomar apuntes en entera libertad.

⁴ Ernesto de la Torre Villar, prólogo a la obra de José Fernando Ramírez, *Relatos históricos*, México, UNAM, 1987, p. xxiv. [Biblioteca del Estudiante Universitario, 107]
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

Entregóseme el original del códice mexicano que lleva el nombre de borgiano y se encuentra copiado en el tomo 3º de la colección de Kingsborough.⁵

Fue en este contexto cuando por afortunadas circunstancias, de las que habla en el testimonio que aquí se reproduce, visitó y conversó ampliamente con el barón de Humboldt. Interesante es notar que la intervención de otro mexicanista fue en esto decisiva. Se trata de Johann Karl Eduard Buschmann, que laboraba en la Biblioteca Real de Berlín ocupándose precisamente de la relación entre las lenguas yutoaztecas, la toponimia náhuatl y otros asuntos afines. Conociendo éste muy de cerca al barón, allanó el camino para la entrevista.

Como el lector podrá apreciar en el relato de don José Fernando, destaca su admiración, veneración más bien, por el sabio que abrió camino en Europa al moderno americanismo y asimismo la emoción que sintió cuando Humboldt lo recibió como un colega de un país muy querido.

Aciagos fueron para José Fernando Ramírez los cerca de diez años en que se vio envuelto en los sucesos de la intervención y el imperio, es decir desde su retorno a México en 1856 hasta su retiro definitivo en Europa en 1867. Su actuación durante ese lapso de su vida ha sido objeto de controversia. Por una parte, su actitud liberal hizo que rechazara varias invitaciones a supuestos honores en los años del imperio. Por otra, el que aceptara a la postre ser ministro de Relaciones, accediendo a las instancias de Maximiliano, de junio de 1864 a octubre de 1865, habría de traerle no pocos pesares. Finalmente tuvo que exiliarse en la ciudad de Bonn en Alemania, donde vivía una hermana suya, casada con Hermann Stahlknecht. Allí permaneció hasta su muerte acaecida el 4 de marzo de 1871. De este último exilio se ha ocupado con acierto el doctor César Sepúlveda que representó a México como embajador en Bonn, capital entonces de Alemania. A su trabajo remitimos a los interesados.⁶

Recordaré solamente que en medio de la soledad y la tristeza de este segundo destierro, don José Fernando conservó el temple y la ilusión de cultivar la historia de su patria. Prueba de ello es el viaje que hizo a Madrid con objeto de recabar datos sobre los escritos de Sahagún que allí se guardan, hoy conocidos con el nombre de *Códices matritenses*. Desde joven había tenido la esperanza de editar la obra de fray Bernardino, cosa que hasta la fecha no se ha logrado cabalmente. Y si bien no con-

⁵ José Fernando Ramírez, *Obras. Adiciones a la Biblioteca de Beristáin*, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1989, vol. II, p. 175. Perteneció este tomo a la edición de las *Obras* de Ramírez que editó Luis González Obregón.

⁶ César Sepúlveda, *José Fernando Ramírez. Estancia y muerte en Bonn, 1867-1871*, Bonn, 1987.

siguió hacer realidad aquella esperanza, su viaje no fue en balde ya que realizó un estudio del códice que se conserva en la Real Academia de la Historia y leyó su trabajo ante aquella corporación en 1867. Además de despertar un gran interés por Sahagún y su obra entre los académicos, el estudio de Ramírez era el primero que se hacía acerca de dicho códice y sirvió como fuente de información para que dos esclarecidos sahumunistas, Icazbalceta y Del Paso y Troncoso, se adentraran en el estudio de los manuscritos que integran la magna enciclopedia sahumuniana conocida como *Historia general de las cosas de Nueva España*.⁷

Tras esta recordación para situar el contexto en que José Fernando Ramírez se entrevistó con el barón de Humboldt, se reproduce su poco conocido testimonio. Lo publicó originalmente en el periódico *La Cruz*, menos de dos años después de su visita a Postdam. Acompañó su testimonio con una reproducción litográfica del retrato de Alejandro de Humboldt que éste le dedicó en memoria de la visita. Éstas son las palabras que Humboldt escribió al pie de su retrato:

Al señor Fernando Ramírez, en recuerdo de un viejo anciano que tiene el interés más afectuoso por la prosperidad de México, fundada en instituciones libres y sabias.⁸

Alejandro de Humboldt
En Postdam el 14 de septiembre de 1855

ASCENSIÓN H. DE LEÓN-PORTILLA

⁷ El trabajo de Ramírez se titula “Códices mexicanos de fray Bernardino de Sahagún” y fue publicada en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1885, pp. 85-124. Icazbalceta lo aprovechó en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600...*, México, 1886, nueva edición por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 327-376. Francisco del Paso y Troncoso también se sirvió de él en su “Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1982, vol. 15, pp. 247-290 y vol. 16, pp. 265-325.

⁸ Esta litografía, al igual que el testimonio del señor Ramírez, aparecieron en *La Cruz*. México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante. 1857. t. 5, pp. 42-52.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



VARIEDADES: UNA VISITA AL BARÓN DE HUMBOLDT

Suelen presentarse, de tiempo en tiempo, en la escena de la vida algunos seres dotados de tan singulares privilegios, que podrían decirse destinados a establecer lo que la religión, la filosofía y aun la naturaleza, repelen como un absurdo, como un imposible físico y moral; la *bienaventuranza del hombre en la Tierra*. Poder, honores, riquezas, fama, respetos, ciencia, ingenio, salud, vigor, laboriosidad y hasta la longevidad, parecen formar su patrimonio, cual si cada uno de estos beneficios, algunos de los cuales suelen perseguirse la vida entera sin alcanzar, constituyeran en las personas de que se trata, otras tantas dotes inherentes a su ser. Los soberanos los agasajan, los toman por sus consejeros y aun se envanece de derramar sobre ellos sus gracias: los magnates les hacen la corte; los sabios ambicionan y aun mendigan su amistad; y todos corren a su encuentro con el ansia de conocerlos, como se corre para admirar los prodigios del arte de Rafael y de Miguel Ángel; los portentos de la ciencia y de la industria; las maravillas de la naturaleza, y la fuerza de voluntad del hombre que taladra montañas y allana abismos. Para que nada falte a la felicidad y a la gloria de esos hijos mimados del mundo, ni la maledicencia tiene armas para herirlos, y hasta la envidia arroja y esconde las suyas, juntando su voz a los coros de hosannas que por todas partes se levantan para ensalzar sus obras. Si alguno se atreve a lanzar una censura, es siempre envuelta entre nubes de incienso. Hombres de tales dones ocupan, ciertamente, el primer lugar entre las maravillas de la creación, y arrastran de preferencia los pasos del viajero, porque como ciertos astros, lucen solamente un breve periodo y desaparecen por siglos.

El barón Federico-Enrique-Alejandro de Humboldt es el ser privilegiado de nuestra época, astro que toca a su ocaso, y más brillante aún que cuando se encontraba en el cenit de su inmensa esfera. Su habitación es una especie de santuario adonde afluyen, como en romería, todos los viajeros de distinción, y no siempre con la buena ventura de encontrar fácil acceso. Sin embargo, nadie se ofende de no ser recibido, porque la visita se considera como un tributo de admiración y de respeto debido al sumo sacerdote de las ciencias naturales y matemáticas. Ha-



blarle es una buena fortuna; no verlo es un accidente común. Incesantemente ocupado en sus intereses estudiosos o de los negocios arduos de la corona de Prusia, uno puede estar seguro de encontrarse muchas veces con su rey, y también de conocer a todos los soberanos de Europa, en menos tiempo del que necesitaría para hacer el simple conocimiento del ilustre barón.

Si, como antes decía, la visita a su casa es una ofrenda que todo viajero debe a la ciencia, para un mexicano es una verdadera deuda de gratitud y un tributo de justicia hacia el sabio distinguido que primero dio a conocer nuestro país al mundo civilizado; que abrió una nueva y brillante senda a los estudios históricos y arqueológicos americanos; que desenterró sus antiguos monumentos jeroglíficos, olvidados en el polvo de las bibliotecas de Europa; que preparó con sus escritos la interesante y espléndida colección de antigüedades de lord Kingsborough y que ha enriquecido nuestra historia con excelentes publicaciones; al hombre, en fin, que profesa a México un afecto especial, que habla siempre de él con una tierna efusión, y que en todas ocasiones hace fervientes votos por su dicha y prosperidad. A títulos tan sagrados, reunía para mí el muy singular de ser el que me produjo las primeras impresiones y formó el gusto por el estudio de la arqueología mexicana: siendo, por decir así, mi mentor y mi guía en esta especie de investigaciones.

Con tales prevenciones y sentimientos se comprenderá muy bien que al encontrarme en Europa sentí, necesariamente, el deseo vivísimo de hacerle una visita, ya por el placer de conocerlo, ya para ofrecerle el reverente tributo de mi admiración y reconocimiento. Así lo intenté después de haber cumplido en Bremen con el deber sagrado que me imponían la naturaleza y el afecto, pasando algunos días con mi única hermana de quien probablemente me despedía por la última vez.

Profundamente dominado por esta penosa impresión, y con la inexplicable indiferencia y aun desdén que, hacia las personas, ha creado la movilidad introducida por los caminos de fierro, tomé asiento en el tren que partía de Bremen para Berlín a las seis y media de la tarde del 8 de junio de 1855. En ese día se había presentado, con una extraordinaria intensidad, el singular fenómeno que los alemanes observan y estudian inútilmente hace siglos y que en su lengua llaman *Honrauch*, no más inteligible en la nuestra, en la traducción de, “Humo de la altura”. Había comenzado entre tres y cuatro de la misma tarde con un cielo perfectamente terso y limpio y un sol que vibraba rayos de luz y de fuego más vivos que los del nuestro hacia esa misma hora. Comenzó a anunciar por una especie de humo, sumamente leve, que fue espesándose rápida, pero gradualmente, hasta permitir ver el disco del sol con el ojo desnudo, presentándose como un globo de fuego sin resplandor alguno, ocul-

tándose al fin enteramente y haciendo noche oscura, cuando todavía se encontraba sobre el horizonte. Cuál sea el verdadero origen del *Honrauch*, nadie lo sabe, como lo prueban los muchos sistemas con que se explica. Parecióme también que producía una cierta opresión en los sentidos y aun en el espíritu, a menos que fuera la de mi particular situación. A las seis y media estaba casi oscuro, siendo así que la tarde anterior yo había leído con el crepúsculo hasta las nueve y media.

La soledad más completa y desagradable es la que se siente en medio de una sociedad activa y bulliciosa, cuando se ignora completamente su lengua. Tal era mi posición en Alemania, y como por otra parte no soy muy comunicativo, me acostumbré pronto a esa indiferencia, tan próxima a la descortesía con que se tratan los viajeros en camino de fierro. Enteramente concentrado en mis meditaciones no hacía caso alguno de lo que me rodeaba. Así me instalé en el tren, camino para Berlín.

Mi cuñado y compañero de viaje don Germán Stahlknecht, que, formando contraste conmigo, es sumamente sociable y comunicativo, trabó luego conversación con el viajero que iba a mi lado, pero como era en alemán yo no puse atención alguna. Poco después ese mismo viajero me deja estupefacto con la siguiente pregunta que me dirige en muy buen castellano: “¿Recibió usted señor Ramírez, la copia de la ‘Memoria del doctor Ludewig sobre la historia de las razas primitivas de América’, que envié a usted de Washington con don Manuel Escandón?” Imposible es pintar la sorpresa que me produjeron estas palabras, proferidas por una persona a quien la oscuridad no me permitía ya distinguir ni aún las facciones; tanto más que había despertádome un recuerdo que me tenía, hacía tiempo, con grandísima curiosidad. El señor Escandón me había entregado, efectivamente, dos meses antes en Londres la memoria mencionada, más sin decirme su procedencia. El desconocido era el señor don Federico Geroldt, antiguo ministro de Prusia en México, que ha dejado tan gratos y tan honrosos recuerdos en nuestra república y que me había distinguido en 1842 con su amistad y finas atenciones.

El encuentro en país extranjero, no ya de un antiguo y distinguido amigo, sino de cualquier simple desconocido, forma siempre un paréntesis agradable en el silencio y monotonía a que se ven condenados los que ignoran la lengua del país. El señor Geroldt, entonces ministro plenipotenciario de Prusia en los Estados Unidos, caminaba en toda diligencia para recibir de su soberano, próximo a salir para una expedición. Con este motivo mencionó accidentalmente al barón de Humboldt, consejero íntimo del rey, como una de las personas a quienes primeramente debía ver, ya por amistad, ya por el negocio que lo ocupaba.

La mención de un personaje que tan presente estaba en mi memoria y la ocasión preciosa que se me presentaba de obtener los informes que

necesitaba para llegar al logro de mis ensueños, fue un tema de largas y curiosas informaciones que terminaron arrebatándome todas mis esperanzas e ilusiones. Las noticias del señor Geroldt me describían al sabio barón como ocupado incesantemente de sus estudios, que solamente interrumpía para ocurrir a los llamados del rey, que encontraba demasiado frecuente. “Ya estoy muy viejo –decía–, y apenas puedo esperar, en el orden natural de las cosas, vivir lo suficiente para concluir las obras que tengo comenzadas.” Esta consideración era un continuo estímulo al trabajo, que lo obligaba también a recibir con grande disgusto todas las esquelas que se le dirigían en demanda de una recepción. “Si en todas partes –añadía–, y bajo todas las formas se encuentran mis retratos, ¿a qué viene ese empeño de hacerme una visita?... La mayor parte de esas personas sólo quieren satisfacer una vana curiosidad.” El señor barón advertía que si estaba obligado a recibir a cuantos se presentaban en su casa con tal objeto, le sería preciso condenarse a una perpetua ociosidad y a ser también un objeto, nada agradable por cierto, de perpetua exposición, sin que le quedara tiempo alguno ni para sus trabajos literarios, ni para sus altas funciones políticas.

Tales fueron sustancialmente los informes del señor Geroldt y por ellos se comprenderá la profunda y penosa impresión que debieron producirme: sin embargo, siendo yo no menos avaro de mi tiempo, que el sabio barón, aunque no con su acierto para aprovecharlo, encontré su repugnancia y resistencias, para recibir visitas, tan perfectamente justas y convenientes, que habiendo concluido el señor Geroldt su conversación con la promesa de procurarme una entrevista, renuncié sin titubear al favor, suplicándole seriamente que se excusara y me excusara su mortificación. Yo he encontrado siempre algún tanto extravagante el empeño de ser presentado a los personajes eminentemente colocados, cuando uno no tiene un motivo particular que le sirva de título; y tratándose de personas como el barón de Humboldt, me parecía una imperdonable fatuidad y hasta un crimen, desazonarlo y quitarle su tiempo sin compensación alguna. Yo, pues, renuncié absolutamente a toda idea de verlo, proponiéndome, siguiendo su misma idea, sustituir la entrevista con un retrato.

Al día siguiente a las nueve de la noche llegué a Berlín, y al inmediato tuve el gusto de recibir la visita del señor J. F. Rus, nuestro secretario de Legación en aquella corte y encargado de sus negocios, por la ausencia del general don José Uruga, ministro recientemente destituido. El señor Rus, a quien debí tantos obsequios y finas atenciones, quiso ponerles su más grato y precioso complemento presentándome al barón, asegurándome una benévola acogida por el singular aprecio con que distinguía a la Legación, al mismo señor Rus, y en fin, a todo mexicano.

Yo persistí en mi propósito y no acepté el favor, aunque aquel caballero (a quien suplico acepte con este recuerdo el tributo de mi reconocimiento) no cesó de instarme para vencer mi resistencia. En sus instancias ulteriores tenía yo un motivo más de persistencia. El señor Rus me había dicho que para obtener una cita del barón era necesario pedirla por escrito y que solía dilatar su respuesta hasta ocho días. Yo, pues, me exponía o a permanecer en Berlín más tiempo del que me permitía mi plan de viaje, o a cometer la desatención de marchar sin aguardar la respuesta. En tal situación lo más prudente y seguro era renunciar a la deseada visita.

La biblioteca real de aquella corte es uno de los establecimientos que deben llamar la atención del viajero y que para mí tenía, además, un especial atractivo, por los manuscritos mexicanos que allí se conservan y por la persona del doctor don Eduardo Buschmann (empleado en ella), uno de los sabios alemanes que se ha dedicado con más ardor al estudio de nuestra arqueología y que acababa de publicar una obra¹ especialmente consagrada a las investigaciones filológicas sobre las lenguas, jeroglífica, etc., de los aborígenes americanos; materia que formaba también la especialidad de mis estudios. El señor Rus tuvo la bondad de presentarme al sabio filólogo, y el vínculo de fraternidad literaria que nos unía, reforzado por su afabilidad y amabilísimo carácter, nos estrecharon muy pronto hasta tratarnos con la confianza de antiguos amigos.

Ya había yo visitado las principales curiosidades y establecimientos que contiene la bella capital de Prusia, y me preparaba a levantar mis reales, cuando pensé en procurarme un retrato del barón; punto no exento de dificultades porque me había encontrado con tres o cuatro que presentaban notables diferencias. Reservé, sin embargo, la compra hasta el último día, con la esperanza de que una casualidad me pusiera en aptitud de resolver por mí mismo la duda de la elección. El día 13 hice mi última excursión, dirigido por el doctor Buschmann, en los vastos salones interiores de depósito de la biblioteca. El siguiente lo había destinado a la visita de Postdam, famosa residencia real de los monarcas de Prusia, embellecida con magníficas obras de arte y más aún con los poéticos y caballerescos recuerdos de Federico el Grande. Como manifestara esta intención a mi amable conductor, me interrumpió bruscamente para preguntarme si había visitado al barón de Humboldt. Indefinible fue la expresión de sorpresa que asomó en su rostro al escuchar mi respuesta negativa, juzgándome, quizá, en esos momentos y allá para sus adentros, como un bárbaro, tanto más digno de compasión, y quién

¹ *Über die aztekischen Ortsnamen*, von Joh. Carl, ed. Buschmann, erste Abteilung,

Berlín 1853, in 4°.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

sabe si aun de desprecio, por mi calidad de mexicano. El gremio o comunidad de los sabios europeos, propiamente tales, forma una familia particular en la especie humana, que es necesario tratar para conocer, porque tampoco es fácil definirla. En general son hombres enteramente retirados de la sociedad y del bullicio; sencillos, ingenuos, entusiastas, de una franqueza que suele hacerse sentir, viviendo siempre en los tiempos antiguos o en las creaciones de su imaginación, y por consiguiente sin ideas precisas de esas formas compasadas y mímicas inventadas por lo que se llama la “buena sociedad”. Mi excelente amigo se quedó mirándome entre resuelto y dudoso, con una expresión que me divertía infinito, terminando al fin por preguntarme con cierto aire de gravedad: “¿Es que no quiere usted verlo?” Yo le expliqué entonces menudamente los motivos de mi conducta, y como hablaba con una persona tan capaz de apreciarlos, quedé, desde luego, reintegrado en su concepto y estimación.

El doctor me había escuchado con interés, y cuando acabé mi relación, guardó silencio, como preocupado por alguna idea fija. Luego me dice: “El señor barón me dispensa toda su estimación y confianza a términos de haberme encomendado la corrección tipográfica de las obras que actualmente escribe: confío, pues, que si usted se presenta con una carta mía lo recibirá inmediatamente, sin exponerlo a las contingencias de la dilación. Con todo, añadió, no respondo de esto último por las graves atenciones que lo rodean”. Ofrecióme enviar en el mismo día la carta de introducción.

La variedad de ocupaciones del señor barón hace que su residencia misma sea bastante incierta, alterándola frecuentemente entre Berlín y Postdam. Previendo el doctor Buschmann que se encontrara en esta última ciudad, me dio una instrucción sumamente detallada para asegurar la entrega de su carta, y acertar con el alojamiento que ocupa en el palacio del rey. A las diez de la noche recibí ésta. Era una simple esquila colocada en una grande cubierta (señal de respeto), casi enteramente llena con el nombre y títulos del noble barón, escritos en gruesos y no muy regulares caracteres, pues mi sabio amigo tampoco pretende ser una notabilidad en el arte caligráfico. Menciono éstas que parecen bagatelas, porque ellas, según se verá, tuvieron una grande influencia en el éxito de mi empeño, para probar que tanto en lo máximo como en lo mínimo, se verifica la verdad del axioma relativo al poder de las pequeñas causas.

El día 4 de junio, a las seis y media de la mañana, estábamos en marcha mi cuñado y yo para el camino de fierro, adonde nos aguardaba un contratiempo que pudo dar en tierra con todos nuestros planes. Habíamos olvidado nuestro pasaporte, acompañante forzado, incómodo y aun inútil, pero indispensable para moverse por cualquiera dirección en casi todas las poblaciones del continente. Por fortuna estábamos en Prusia,

donde la clase militar (pues allí casi todo se hace con soldados) se distingue por su caballerosidad, cortesía y buen sentido, prendas inapreciables en un empleado público, y que poseía eminentemente el guarda del ferrocarril; quien disimuló nuestro descuido y nos permitió tomar asiento, sin recibir ninguna retribución.

El doctor Buschmann nos había recomendado buscar al barón al mediodía en punto. Cumplimos esta prescripción con una rigurosa exactitud, mas el ayuda de cámara nos dijo que había salido, diez minutos antes, llamado por el rey. Aunque le hicimos varias preguntas sobre la hora en que aproximadamente podríamos encontrarlo, no pudimos obtener ninguna respuesta precisa. El lance se había perdido de una manera que parecía irreparable. Deliberábamos mi cuñado y yo sobre lo que convendría hacer, discordando en pareceres. Él opinaba por entregar la carta y correr la suerte de una respuesta tardía. Durante esta discusión yo tenía la interesante misiva en la mano, agitándola indeliberadamente, como quien no sabe qué partido tomar. El ayuda de cámara, que nos observaba atentamente aunque sin entendernos (hablábamos en castellano), acertó a divisar la letra de la cubierta, fácil según se ha dicho, de discernirse a cierta distancia, y conociendo luego su procedencia, interrumpió bruscamente nuestro diálogo para advertir a mi compañero e intérprete, que siendo aquella carta del señor Buschmann, no podía dispensarse de pedirla para entregarla al señor barón. Yo vacilaba; mas al fin cedí maquinalmente y la entregué al ayuda de cámara. Éste, que minutos antes nada sabía, ni podía dar respuesta alguna precisa sobre la distribución del tiempo de su amo, nos dijo asertivamente, que volviéramos a las dos en punto para obtener una respuesta.

Presentámonos a la hora citada, aunque con muy pocas esperanzas; así es que mi sorpresa y también mortificación, fueron extremas cuando se nos dijo que el señor barón nos aguardaba desde la una y media. Luego que se le anunció nuestro arribo salió a encontrarnos hasta la puerta de su cámara, haciéndonos la más cordial, a la par que distinguida acogida, y mostrando en su noble semblante y maneras, una efusión de afecto difícil de describir. Obligóme a sentar en el amplio sillón que ocupaba a mi llegada, y tomando para sí un taburete, se me colocó enfrente, felicitando mi visita con expresiones tan benevolentes como afectuosas. Tomando en seguida asunto de la arqueología mexicana, para ambos igualmente predilecta, me hizo muy lisonjeros cumplimientos, concluyendo con recordarme que su excelencia había sido el creador de este interesante ramo de las ciencias históricas; recuerdo que ratifiqué con singular placer, como que él había particularmente inspirado mi vivo deseo de conocer a su autor y de tributarle la humilde ofrenda de mi admiración.

La conversación continuó sobre el estado político de México, subyugado entonces por el estúpido despotismo del general Santa-Anna, de cuya política y conducta habló con sumo descontento, prediciendo el desenlace que muy presto tuvo. Obraban también en el ánimo del barón las penosas impresiones que le había dejado el reciente y violento relevo del general don José Uruga, ministro plenipotenciario de México en aquella corte. El señor Uruga había tenido la buena fortuna de granjearse la particular estimación del rey, de la corte y muy especialmente del noble barón, que me habló de él con ternura y efusión, a la par que sumamente desagradado del golpe que le había dado el gobierno.

Observé también, con singular placer, que el señor Rus y el resto de la legación gozaban del mismo buen concepto, y que nuestro nombre, en otras partes tan desventajosamente conocido y mal parado por nuestros propios agentes, allí se encontraba honrosamente colocado. El resto de la conversación fue muy variado, aunque girando principalmente sobre materias de arqueología y filología americanas, en que el noble barón manifestaba una vasta extensión de conocimientos, asombrándome particularmente su prodigiosa memoria. Repitióme lo que ya sabía por el señor Geroldt, que sintiéndose próximo al término de su carrera, tenía necesidad de economizar su tiempo, porque quería concluir las obras comenzadas. En esos momentos, según me había dicho el señor Buschmann, trabajaba con grande asiduidad en el último volumen del *Cosmos*. Yo le pregunté si nos daría la conclusión de su interesante *Historia de la geografía del nuevo continente*, suspensa desde 1839. Me contestó que tal era, por lo menos, su deseo.

Las visitas a personajes como el barón de Humboldt no pueden, cortésmente, exceder de algunos minutos, y la mía rayaba en la media hora, aunque sin mi culpa, pues su excelencia había hecho casi todo el gasto. Yo la habría prolongado gustoso por el doble, pero cediendo a las consideraciones de bien parecer, aproveché la primera oportunidad para cortarla. La despedida fue tan afectuosa y lisonjera como la introducción, consagrándola particularmente su excelencia a los recuerdos de México, por cuya mejor suerte y felicidad manifestaba un vivo interés. Hábiame dispensado, como otra muestra particular de distinción y favor, la de mantener toda la conversación en castellano, previas las excusas de etiqueta, dejándome verdaderamente admirado la soltura, regularidad, y sobre todo, rapidez con que lo hablaba, después de cincuenta años; pues tantos, según me dijo, hacía que no lo practicaba, salvo los casos (que no debían ser muy frecuentes) de encuentros con viajeros de la familia española.

El día 14 de junio de 1855, en que tuve el honor de presentar mis respetos al ilustre y noble barón, cumplía su excelencia exactamente,

ochenta y cinco años y nueve meses, pues nació el 14 de septiembre de 1769, edad inconcebible en el vigor corporal e intelectual que presentan su físico y sus potencias. El barón es de una estatura muy poco más que la común; robusto, sin aproximarse siquiera a obeso, y más bien de pocas carnes; tiene [semblante] perfectamente blanco y regularmente sonrosado; cabello y barba enteramente blancos; ancha y bien formada frente; hermosas y nobles facciones; fisonomía sumamente viva y animada, que revela el genio, templado con la modestia; y una franca expresión de afabilidad y benevolencia. Su aspecto, aunque modesto, es noble y desembarazado, y me pareció que comenzaba a inclinársele el cuerpo, circunstancia que cuadra admirablemente a su edad y condición. Su traje en ese día sumamente sencillo, y no recuerdo haberle visto ninguna condecoración. La misma sencillez se advertía en el menaje de su habitación. No había objeto alguno que pudiera llamarse lujoso o superfluo. Nada que excediera a una mediana condición.

Una vez conocido el original, estaba ya vencida la dificultad que me había detenido para la elección del retrato. El colocado al frente de este artículo es una copia de perfecta semejanza con el que adquirí en Berlín, a su vez el mejor y más exacto de los que se encontraban en el comercio. Debo su adquisición al señor don J. F. Rus, varias veces citado en el curso de este artículo, que puso el colmo a sus finos obsequios y atenciones, recogiendo del ilustre barón el recuerdo de benevolencia escrito de su mano al calce, y haciéndomelo llegar a París. Ese recuerdo,² más que a mí, toca a México, siendo así un inequívoco testimonio del tierno y profundo afecto que ha conservado a nuestro país.

Los mismos sentimientos, igualmente amalgamados con los recuerdos de sus propias glorias literarias, se encuentran en la nota que dirigió al general Santa-Anna dándole las gracias por la concesión de la gran cruz de Guadalupe. Aunque ese documento se publicó entonces en los periódicos, no vendrá mal en éste. He aquí su texto original y traducción:

Monseigneur. Votre Altesse Sérénissime a daigné m'accorder une marque signalée de sa haute bienveillance en me nommant Grand Croix de l'Ordre National de Guadalupe. Affectueux dévoué, comme je le suis, aux habitants de ces belles régions, dans lesquelles j'ai joui, il y a un demi siècle, d'une si franche et si noble hospitalité, le témoignage du gracieux

² He aquí una traducción literal: "*A Mr. Fernando Ramírez, en recuerdo de un anciano que toma el más afectuoso interés por la prosperidad de México, fundada sobre sabias y libres instituciones*".—Alexandro de Humboldt, Postdam, septiembre 14 de 1855.—Estas líneas escritas tres meses justos, después de mi visita, lo eran el día del cumpleaños del ilustre barón, quien, según se ha visto, nació el 14 de septiembre de 1769.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

souvenir que je dois au Président Général de la République Mexicaine, me donne une douce satisfaction à un âge rarement atteint.

Je me hâte d'offrir à Votre Altesse Sérénissime l'hommage de mon profond respect et de ma plus vive reconnaissance. Une parfaite liberté m'ayant été donnée pour déterminer le premier, par des mesures directes, la merveilleuse configuration du sol mexicain, et pour observer l'influence de cette configuration sur le climat et la variété des cultures, j'ai pu faire connaître à l'Europe, en publiant "l'Essai politique sur le Mexique", la valeur des richesses minérales et agricoles du vaste pays, dont la prospérité confiée à votre sagesse est l'objet de votre constante sollicitude. Je continue à former les vœux les plus ardents pour l'accroissement rapide de cette prospérité qui, par sa nature, est liée aux progrès dans les sciences et dans les arts. Celui qui représente d'une manière si digne le Gouvernement de Votre Altesse Sérénissime parmi nous, Mr. le Général Uruga, connaît la pureté de ces vœux.

Je suis avec le plus profond respect, Monseigneur, de Votre Altesse Sérénissime le très humble, et très obéissant, et très dévoué serviteur.—*L. B. Alexander de Humboldt.*

A Berlin, à 22 decembre de 1854.

Serenísimo señor. Vuestra Alteza Serenísima se ha dignado otorgarme una muestra señalada de su alta benevolencia nombrándome Gran Cruz de la Orden Nacional de Guadalupe. Afectuosamente adicto como soy a los habitantes de esas bellas regiones, en las cuales encontré hace medio siglo una tan franca y noble hospitalidad, el testimonio del bondadoso recuerdo que debo al general presidente de la República Mexicana, me ha causado una dulce satisfacción a una edad a que rara vez se llega.

Me apresuro a ofrecer a Vuestra Alteza Serenísima el homenaje de mi más profundo respeto y de mi más viva gratitud. Habiéndoseme concedido la más amplia libertad para determinar, yo el primero, por medio de medidas directas, la maravillosa configuración del suelo mexicano, y para observar la influencia de esa configuración sobre el clima y la variedad de la cultura, pude dar a conocer a la Europa, con la publicación del *Ensayo político sobre México*, el valor de las riquezas minérales y agrícolas del vasto país, cuya prosperidad confiada a vuestra sabiduría, es el objeto de vuestra constante solicitud. Continúo haciendo los más ardientes votos por el rápido incremento de esa prosperidad, la cual, por su misma naturaleza, está ligada con los progresos en las ciencias y en las artes. El señor general Uruga, que tan dignamente representa entre nosotros al gobierno de Vuestra Alteza Serenísima, conoce bien la pureza de estos sentimientos.

Soy con el más profundo respeto, Serenísimo Señor, de Vuestra Alteza Serenísima muy humilde, muy obediente y muy adicto servidor.

Berlín, diciembre 22 de 1854.—El barón Alejandro de Humboldt.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

Disponble en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras_historicas.html

Tres retratos existen aquí de este ilustre personaje, correspondientes a otros tantos periodos de su vida. El uno al óleo, medio cuerpo y dimensiones casi naturales, se conserva cuidadosamente en el general o salón de actos del colegio de Minería. Sacóse del *natural* cuando el ilustre barón estuvo en México (entre principios de 1803 y 1804), y por consiguiente a la edad de 35 años. De él corren algunas muy medianas copias en varias de nuestras publicaciones literarias. El 2º es un grabado, sin fecha, que posee el Museo Nacional y que lo representa a una edad como de 60 años. El 3º con cuya copia obsequian los editores de *La Cruz* a sus suscriptores, existe en mi poder y también en el museo. Es muy singular que estos retratos, sacados en esas diversas épocas, difieran tan completamente entre sí, que no presenten semejanza en una sola de sus facciones, pareciendo pertenecer a tres personas totalmente diversas.

Las noticias relativas al ilustre barón se encuentran en todas las biografías de contemporáneos, y recientemente se ha publicado una en el *Diccionario Universal de historia y de geografía* (México 1853-1856 en esta imprenta); mas como esas obras no pueden adquirirse por todos, se copiará a continuación la última mencionada. Aquí se pondrán solamente algunas noticias que no se hallan en aquéllas y que tienen relación con la residencia del ilustre viajero en nuestro suelo.

Por las que él mismo nos da en su *Ensayo político sobre la Nueva España*, sabemos que llegó a México en el mes de marzo de 1803 y que su residencia fue de un año. El señor don Antonio Icaza me dice que un buque de su casa, llamado *Guadalupe*, lo trasportó de la otra América, y que su padre le dispuso alojamiento en la casa número 3 de la calle de San Agustín, donde permaneció hasta su partida. De la citada obra tomo las siguientes noticias sobre sus trabajos geográficos. El 29 de septiembre fijó la posición del Nevado de Toluca subiéndolo hasta llegar al pico del Fraile. La carta de México la levantó en el colegio de Minería, poco antes de su partida, fijando en ella astronómicamente setenta y cuatro puntos, con sus nombres; de los cuales treinta y cinco, pertenecientes al interior del territorio, eran absolutamente desconocidos antes de su llegada. Las alturas meridianas del Sol para fijar la latitud de esta capital, las tomó en la puerta de la catedral y en su casa, habiendo observado con este motivo, que aquélla está, respecto del convento de San Agustín, 12" más septentrional y 10" (en arco) más oriental que éste. El mismo señor Icaza me dice que el ilustre huésped fue universalmente estimado, y que el virrey don José Iturrigaray lo distinguió y consideró, habiéndolo llevado consigo a visitar el canal de Huehuetoca, del cual nos dejó planos y muy importantes noticias. Las otras pertenecientes a su vida y trabajos literarios se encuentran en el resumen que irá después de este artículo, el cual he querido consagrar especialmente a la memoria del más emi-



nente y distinguido de los viajeros modernos, como un tributo de mi reconocimiento por el vivo afecto que ha conservado a nuestro país y por las distinciones con que me honró en una época para mí de infortunio.

José F. Ramírez
México, mayo 12 de 1857